

Prólogo

Cuando mi admirada amiga Fina Sanz me llamó por teléfono para proponerme que le escribiera un prólogo al último libro que tenía en fase de borrador, acepté encantado por una simple razón: si está dentro de mis posibilidades, nunca le niego una petición a Fina. Mi admiración hacia ella se justifica en las tres virtudes que más valoro en las personas: la honradez, la coherencia y la constancia. A lo largo de su ya dilatada profesión, Fina ha sabido ser honrada, coherente y constante. Yo, que he seguido de cerca su caminar por la vida, doy fe de ello. Desde sus inicios, se propuso convertir en realidad el lema feminista de «lo personal es político», y así lo ha hecho. Como terapeuta, ha trabajado con la anécdota de lo concreto —una persona, un trauma, una conducta—, y como escritora, ha convertido la anécdota en categoría universal: el erotismo, el amor, la enfermedad, la terapia, el género son los grandes temas que surgen en sus libros a partir de la reflexión sobre lo concreto de las personas, de sus vidas, incluyendo su propia vida. Desligar lo personal de lo público en ella es imposible.

Su último libro, *Diálogo de mujeres sabias*, corrobora todo lo dicho. Reúne a un grupo de mujeres de mediana edad, las

pone delante de una grabadora y les dice: «Tenéis que hablar de cinco temas desde vuestra propia experiencia». Y ellas se ponen a hablar de sexualidad, de espiritualidad, de sus cambios sociales, de los cambios en sus cuerpos y de sus emociones. Un cúmulo de experiencias y vivencias variopintas, entre las que resaltan destellos de sabiduría, esa sabiduría que produce la vida cuando ha sido vivida intensamente. En las múltiples presentaciones del libro que Fina ha realizado por todo el país, se la anima a escribir algo similar, pero donde quienes hablen sean los hombres. Ella, que siempre ha trabajado con una perspectiva integral de género (cuando todavía no se había teorizado acerca del tema) y en su Instituto de Terapia del Reencuentro había tratado lo mismo a mujeres que a hombres, aceptó el reto y se puso manos a la obra. Por un momento, llegó a sentirse como Diógenes con su farol, buscando al hombre. ¡Qué difícil resultaba encontrar a hombres que estuvieran dispuestos a hablar en grupo de sí mismos, sin hipocresías, ni tapujos ni medias verdades! Dos años intentándolo y nada. Los hombres hablan de deportes, de política, de economía, etc.; desde la razón, debaten, opinan, sentencian, con ardor guerrero y pasión si es preciso. Pero ¿hablar de sí mismos, de sus debilidades y fortalezas, de sus éxitos y fracasos, de sus emociones y de su sexualidad? Fina comprobó que lo tenía muy difícil, pero su coherencia y su constancia, al final, tuvieron su merecido premio. Logró reunir a siete hombres, cada uno de un padre y de una madre, es decir, muy variopintos: profesiones diversas, situaciones sociales distintas, orientaciones sexuales plurales, experiencias afectivas variadas... Solo les

asemejaba la edad; era una condición impuesta por Fina. Se trataba de hombres en la segunda mitad de su vida; hombres que ya tenían una trayectoria pasada, un camino andado, y que, a la altura de los cuarenta, cincuenta o cerca de los sesenta años, se paraban durante cinco sesiones a reflexionar acerca de sus experiencias físicas, sexuales, emocionales, sociales y espirituales.

Quedamos en mi casa manchega un día y juntos estuvimos releendo y comentando el borrador del libro. Y como me ocurrió con el de las mujeres sabias, me enganchó desde el primer párrafo. Los hombres hablan sin tapujos, libremente, a corazón abierto, y entre lo mucho que cuentan, surgen los destellos de la sabiduría que nace de la experiencia vivida. Me sentí plenamente identificado con ellos. Yo pertenezco, desde hace años, al movimiento de hombres igualitarios, grupos de hombres feministas que luchan por la igualdad a partir de sus propios cambios personales. El movimiento surgió de un grupo de hombres que decidieron reunirse para hablar de ellos mismos, de su educación patriarcal, de sus defectos machistas y de las posibilidades de cambiar. Mientras leía el libro, me imaginaba mis reuniones en el grupo de hombres Besana, en el que estoy integrado, y eran idénticas las situaciones. ¡Qué necesidad tenemos los hombres de abrirnos a los demás, de mostrarnos tal cual somos, de expresar el dolor, el miedo, la tristeza, la ternura, la ira! ¡Nos han manipulado tanto desde la niñez! Apenas llegados al mundo, nos presentan un modelo y nos dicen: «Este es el verdadero Hombre y tú tienes que llegar a ser como él». Y nos pasamos la vida en la ardua tarea de

demostrar que somos hombres, como el del modelo, sin llegar nunca a conseguirlo. Como en el mito de Sísifo, escalamos la montaña llevando auestas la pesada roca de nuestra masculinidad y, cuando creemos que hemos conseguido llegar a la cima, la roca se despeña cuesta abajo y otra vez a retomar la tarea. Está científicamente argumentado que la mayor parte de las enfermedades y problemas de salud de los hombres están influenciados por un exceso de estrés producido por nuestro síndrome de masculinidad: toxicomanías, deportes de alta competición, accidentes de tráfico, enfermedades cardiovasculares, psicosis, accidentes laborales, etc. La pesada cruz de la masculinidad nos agobia, nos agota y, sin embargo, hay que seguir adelante. ¿Es posible arrojar esa cruz a la cuneta para seguir adelante libre de cargas, sin modelos de referencia, salvo uno mismo? Yo creo que sí, y la vía son los grupos de hombres que se reúnen a hablar de ellos, haciendo del grupo un espacio de intimidad y de confianza.

En el grupo organizado por Fina, la intención no es convertirlo en permanente, sino que el objetivo es que durante un tiempo hablen de cinco temas desde su experiencia personal. Y salen cosas curiosas, típicamente masculinas. Por ejemplo, respecto a los cambios físicos, todos coinciden en reconocer que los tienen, y tratan de asumirlos sin problemas, de aceptarlos y esforzarse en vivir una segunda juventud; así, al final de su reflexión, todos se sienten mejor. Hay como un afán por recuperar el tiempo perdido y vivir el momento, con optimismo, aunque la situación de paro de algunos de ellos pone en peligro esta actitud. Los leo y me veo reflejado. Yo también me

he pasado la vida siendo solidario con el mundo, luchando por cambiarlo, centrándome en ayudar a los demás a costa de olvidarme de mí. Pero un cáncer en la segunda mitad de mi vida me hizo reflexionar y darme cuenta de que la solidaridad empieza por uno mismo, que para ayudar hay que autoayudarse, y que es importante darle importancia al día a día. También, cuando me miro en el espejo y veo mi barriga, intento no darle importancia, pero me fastidia. Estoy operado de próstata y también me preocupan las pérdidas descontroladas de orina. A los hombres nos cuesta hablar de estas cosas, y más aún decirlas delante de otros hombres; aunque hacerlo tiene un efecto liberador y reconfortante que los hombres del grupo de Fina reconocen al final de las cinco sesiones.

Un tema especialmente difícil para los hombres son las emociones. Hay emociones que han sido etiquetadas como «masculinas», de las que los hombres presumen: la ira, la alegría, la temeridad, la osadía, el cachondeo. Ningún problema. ¿Quién no ha presumido ante los amigos de haberse enfrentado a un peligro o a una provocación con valentía o de haberse corrido una juerga hasta casi el coma etílico? El problema surge cuando se trata de hablar de la tristeza, la pena, el miedo, el pánico, el sufrimiento, el fracaso, la frustración. ¡Un Hombre nunca reconoce tener esas emociones! ¡Son cosas de mujeres! En el grupo de Fina se habla de estas emociones, los hombres reconocen que lloran muy a menudo, que se sienten muy decepcionados con la política, reconocen los complejos que interfieren en sus relaciones de pareja. Sienten que tienen las emociones a flor de piel y que les hace bien exteriorizarlas. Asu-

men que tenían el mandato de género de hacerse responsables de su familia, de su pareja, de sus hijos y, ahora, en la segunda mitad de la vida, reaccionan desde su individualidad: «Vivir para mí, vivir el presente, no responsabilizarme de nada». También reconocen que el paro implica una desvalorización como hombre, el depender económicamente de la pareja se lleva muy mal y hay que reaccionar frente a esto. Cuando se descubre esta capacidad de emocionarse sin corsés, la vida te cambia. Llorar viendo una película, enternecerse con los nietos, abrazar a los hijos, expresar tus temores a tu pareja, ¡lo que nos estábamos perdiendo!

Los cambios sexuales son evidentes: hay una reducción considerable de la promiscuidad, del sexo por el sexo, y una mayor inclinación hacia una monogamia más afectiva y sexualmente diversa. Todos reconocen que se masturban, pero también expresan que «follar por follar, me aburre». Quieren algo más, que les cuesta precisar por la separación inducida que hacen entre el sexo y el afecto. En la segunda mitad de la vida, cobra más importancia el vínculo afectivo que saltar de cama en cama, y se experimenta un gran alivio cuando se descubre que el mandato de género de ser siempre el activo, de tomar la iniciativa, de llevar la batuta, no hay por qué cumplirlo. Disfrutar de la pasividad, dejar que la pareja tome la iniciativa y conduzca el proceso es un placer que muchos hombres aún no conocen. También reconocen un temor: el de mirarse en el espejo y sentirse no deseables. Pero lo cierto es que todos somos objetos de deseo para alguien, al margen de nuestro físico.

En relación con la espiritualidad, todos coinciden en que no debe confundirse con la religión. Hay creencias variadas: la muerte, el vacío, los espíritus, la energía. Hay una necesidad de creer en algo, y las religiones se aprovechan de esa necesidad que tenemos las personas para implantar su mensaje de dominación. Se confunde la espiritualidad con la sensibilidad. Yo creo en la capacidad sensible del ser humano, en su proyección empática hacia el universo, en las posibilidades que genera de convertir la realidad en el arte de vivir. A eso lo llamo espiritualidad.

Por último, en cuanto a los cambios experimentados en su vida social, tienen conciencia de que se deben sobre todo al hecho de que mientras que en la primera etapa de la vida el trabajo era el eje en torno al cual giraba todo lo demás, ahora, en la actual segunda etapa, la ausencia de trabajo y el paro, aparte de generar frustración, depresión e indignación, son los que marcan sus relaciones sociales, como consecuencia del mayor tiempo libre. Reconocen que sus mejores relaciones las tienen con mujeres y no con hombres, se dan cuenta, asimismo, de que han aprendido a relativizar casi todo (a veces, se pasan), a poner límites a las relaciones, a no lanzarse a ciegas y a ser más tolerantes. Expresan cómo han cambiado las relaciones, las dependencias, las amistades. Dicen algo que me impacta: «A los hombres nos cuesta relacionarnos, hasta el punto de que nos supone un gran esfuerzo incluso llamarnos por teléfono». Totalmente de acuerdo. También hablan de las redes sociales y de cómo han fomentado otras formas de relacionarse, aunque dicen que hay que saber usarlas, sin excesos.

Al final, a modo de conclusiones, estos hombres reconocen que les cuesta definir qué es la segunda mitad de la vida y asumirla, que viven los procesos de manera diferente a las mujeres, porque los mandatos de género son distintos, saben de sus dificultades para expresar las emociones y la necesidad de trabajarlas a fondo. Hablan de la necesidad de educar en valores que no sean de género, sino humanos. Felicitan a Fina por la iniciativa que les ha permitido reunirse y se muestran partidarios de reunirse más veces y hacer partícipes a más hombres de la experiencia. Estoy de acuerdo con ellos. Muchas gracias, querida amiga, por ocuparte de nosotros. Realmente, lo necesitamos.

JULIÁN FERNÁNDEZ DE QUERO LUCERÓN
Miembro fundador de la Fundación Sexpol
Miembro de la Asociación de Hombres para la Igualdad
de Género (AHIGE)